





CÉSAR CONTRA POMPEYO

COLECCIÓN · EL TIEMPO HABITADO



STEPHEN DANDO-COLLINS

César contra Pompeyo

El mejor general,
estadista y constructor
nacional de Roma



ERASMUS

2025

COLECCIÓN · EL TIEMPO HABITADO

HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA

ERASMUS EDICIONES

Primera edición: febrero de 2025

Título original: *Caesar Versus Pompey: Determining Rome's Greatest General, Statesman & Nation-Builder*

© Stephen Dando-Collins, 2024

© Turner Publishing Company, 2024

© de esta edición: Editorial Almuzara S.L., 2025

Dirección editorial: Raúl López López

Traducción y corrección: Carmen Acuña Bueno

Revisión: Antonio Reguera Feo

Diseño de cubierta: estudiodavinci

Diseño de colección (interior): Alberto R. Torices

Diseño de cubierta: estudiodavinci

Maquetación: JesMart

Imprime y encuadernaW: Liberdúplex

www.erasmuslibros.com editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com info@almuzaralibros.com

Derechos exclusivos internacionales en lengua española: Editorial Almuzara, S. L.

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4 C/8, Nave 12, no 3.
14005 – Córdoba

ISBN: 978-84-10199-45-3

Depósito legal: CO-2201-2024

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Hecho e impreso en EspañaMade and printed in Spain

Para mi esposa Louise, mi compañera de armas en la guerra contra las vicisitudes de la vida, y mi compañera participante en algún que otro triunfo.

Mi especial agradecimiento a mis agentes literarios neoyorquinos Richard Curtis y Sarah Yake, y a Todd Botorff, Stephanie Beard, Ryan Smernoff y Amanda Chiu Krohn, de la editorial Turner, por haber llevado esta obra de la idea a la estantería.



ÍNDICE

Introducción	II
I. Un rayo lo cambia todo	13
II. El tío de César toma el poder. El juicio de Pompeyo	23
III. César el sacerdote, Pompeyo el niño general	31
IV. César en peligro Pompeyo se hace grande	45
V. César se esconde, Pompeyo triunfa	57
VI. Después de Sila, Pompeyo y César en bandos opuestos	69
VII. Craso, promotor inmobiliario Cicerón, abogado	81
VIII. El astuto Sertorio contra el persistente Pompeyo.	87
IX. El molesto Espartaco es eliminado por Craso y Pompeyo	95
X. Mientras César se lamenta, Pompeyo conquista oriente	107
XI. Cicerón manda, César está en racha.	133
XII. El regreso triunfal de Pompeyo, César <i>imperator</i> en Hispania	151
XIII. César, Pompeyo y Craso gobiernan Roma.	165
XIV. César inicia la conquista de las Galias, Pompeyo rehabilita a Cicerón.	185
XV. César somete a la Galia y vuelve a abrazar a Pompeyo	207
XVI. Mientras Pompeyo y Craso gobiernan, César invade Britania	231
XVII. Con dos muertes, todo cambia	247

XVIII. Los galos sublevados presionan a César	261
XIX. Esto es la guerra	283
XX. La batalla de los gigantes	291
XXI. Ambos son asesinados.	305
XXII. Evaluación.	313
Notas	317
Bibliografía	323
Índice	327

INTRODUCCIÓN

Este libro narra las vidas paralelas de Julio César y Pompeyo el Grande, y nos muestra cómo sus vidas y amores se entrelazan y se interrelacionan, cómo pasan de rivales a socios, y luego de gobernantes conjuntos a enemigos beligerantes. Uno se esforzaba por preservar la República romana, el otro por destruirla.

A lo largo de los siglos sobre pocas personas se han escrito tantos ríos de tinta como sobre Julio César. Julio César, un brillante general que hizo de la seductora reina Cleopatra de Egipto su amante, ha cautivado la imaginación de dramaturgos, historiadores, soldados y emperadores.

En comparación, poco se ha escrito sobre su aliado, yerno y finalmente enemigo Pompeyo Magno, o Pompeyo el Grande, que irrumpió en la escena romana como un victorioso general de veintitrés años y que, en el apogeo de su carrera, fue posiblemente más famoso, más popular y tuvo más éxito que César.

Pero la historia, dicen, la escriben los vencedores. Así fue en el caso de César, que venció a Pompeyo en la batalla y se convirtió en dictador de Roma. Sus propios relatos bien escritos y los sancionados por los emperadores que le siguieron pintaron a César como un hombre que luchaba por los desvalidos contra los autócratas. En épocas posteriores, entre los admiradores de César figuraron el emperador francés Napoleón, los káiseres alemanes y el dictador italiano Benito Mussolini. En el siglo xx, el célebre general estadounidense Norman Schwarzkopf describía

a Pompeyo como el rebelde y a César como el campeón de la democracia. ¿Fue esto así?

¿Quién fue el mejor general, estadista y constructor nacional de Roma? ¿César o Pompeyo? ¿Cuál de ellos tenía razón? ¿La tenía realmente *alguno*? ¿Valía la pena mantener la República Romana de quinientos años de antigüedad? ¿O, teniendo en cuenta los defectos de la república y los de sus líderes, estaba condenada la democracia y era inevitable la autocracia? ¿Es éste el futuro destino de las grandes repúblicas actuales? Lea esta exploración de las vidas paralelas de César y Pompeyo y decídalo usted.

UN RAYO LO CAMBIA TODO

Al otro lado de la Porta Collina, en la Muralla Serviana, en las afueras del norte de Roma, la lluvia azotaba las hileras de tiendas mientras una tormenta de finales de verano azotaba la ciudad. Los truenos retumbaban ferozmente en las oscuras nubes. El general de cuarenta y ocho años al mando de las decenas de miles de tropas romanas acuarteladas en el campamento se paseaba completamente armado ignorando la lluvia y mostrando desdén ante el estruendo del cielo.²

La Porta Collina era la más septentrional de las puertas de Roma. Al norte de ella se alzaba la colina Pinciana, mientras que al oeste se extendía el Campo de Marte, una llanura baja de unos 2,5 kilómetros cuadrados, con el río Tíber en su límite occidental. El campo tomó su nombre del altar del dios de la guerra, Marte, que se encontraba aquí, y, aparte de un breve período en el que un rey de Roma tomó posesión de él, el Campo de Marte era tierra pública, situada fuera del *pomerium*, el límite tradicional de la antigua ciudad de Roma. Aquí, en el Campo de Marte, según la tradición, el moribundo Rómulo, cofundador de Roma, había ascendido al cielo en una nube oscura ante los ojos de sus guerreros reunidos. Ahora, decenas de miles de tropas romanas acampaban en el extremo oriental del campo de Marte. En el año 87 a. C., Roma estaba desgarrada por la guerra civil entre los seguidores de los excónsules Mario y Sila.

Durante siglos, tras el derrocamiento del último rey de Roma en el año 509 a. C, la República de Roma había estado



Figura 1. «Occidente», siglo I a.C.

governada por dos cargos electos, los cónsules, que ocupaban sus escaños como presidentes del Senado romano cada mes de enero y ejercían sus funciones durante doce meses, tras los cuales una nueva pareja ocupaba su lugar. En enero del 87 a. C., los dos nuevos cónsules que tomaron las riendas fueron Gneo Octavio y Lucio Cornelio Cina. Ambos eran hombres ambiciosos y ambos habían jurado lealtad personal a Lucio Cornelio Sila, el cónsul dominante del 88 a. C. A principios del año 87 a.C., Sila había abandonado Roma para aceptar el nombramiento del Senado

como comandante de un ejército romano enviado desde Italia para hacer frente al rey pónico Mitrídates VI Eupator, más tarde llamado Mitrídates el Grande, que había invadido gran parte del territorio romano en Oriente.

Ni Octavio ni Cina se caían bien. Y una vez que Sila abandonó Roma, la pareja entró en frecuentes disputas, con Cina yendo en contra de su juramento de apoyo a Sila, el cual había tomado en un templo en la colina Capitolina. Ahora, proponía abiertamente la retirada del exilio de Gayo Mario, rival de Sila. Mario, que fue cónsul seis veces, era un general experimentado que había derrotado en dos ocasiones a tribus germánicas invasoras y había realizado importantes reformas en la estructura, el reclutamiento y el entrenamiento del ejército romano. Sin embargo, era un hombre que dividía a los romanos por sus recientes tácticas turbias, las cuales le habían llevado al exilio.

Los partidarios de los cónsules Cina y Octavio se enfrentaban cada vez más en las calles, y en pocos meses se produjo un motín masivo en el Foro, en el que los partidarios de Octavio se impusieron. Cina, temiendo por su vida, huyó de Roma. El Senado, a instancias del cónsul restante, Octavio, y en contra de todas las convenciones y tradiciones, anuló el nombramiento consular de Cina y le retiró la ciudadanía romana, sustituyéndolo como cónsul por Lucio Cornelio Merula, aliado de Octavio.

Cina se había dirigido al sur, a los cuarteles de invierno de algunas legiones acampadas en Nola, a las afueras de Nápoles, que estaban allí para sofocar los disturbios entre la tribu samnita local. Cina prometió llamar a filas a su venerado ex general Mario, por lo que estas tropas le mostraron su lealtad. Desde Nola, Cina mandó llamar a Mario, que se encontraba en el norte de África.

En verano, Mario había llegado de África con una pequeña fuerza. Desembarcando en la costa al sur de Roma, Mario reclutó seis mil lugareños para crear una legión, se dirigió al norte y saqueó Ostia, el puerto indefenso de Roma. Mientras Mario

recorría catorce millas por la orilla del río hasta Roma, Cina llevó a su ejército, mucho más numeroso, hacia el norte para atacar la ciudad por encima del Tíber.

El cónsul Octavio reaccionó reuniendo dos ejércitos. Uno de ellos, situado en Roma, estaba al mando de Gneo Pompeyo Estrabón, cónsul dos años antes. El otro ejército, acampado en el norte de Italia, estaba comandado por Gneo Cecilio Metelo Pío, comúnmente conocido como Metelo. Metelo, de unos cuarenta años, había sido subordinado de Estrabón en el pasado y seguía teniendo su mismo rango.³

A medida que Cina se acercaba a la capital, envió parte de su ejército al mando de los senadores Quinto Sertorio y Papirio Carbón para atacar el distrito de Roma al norte del Tíber, en el Janículo y sus alrededores, la actual colina del Gianicolo. La muralla serviana rodeaba la parte inferior del Janículo y un pequeño fuerte flanqueaba la puerta de la colina. Tradicionalmente, una bandera de señalización en lo alto del fuerte debería haber sido izada al acercarse la fuerza mariana, pero el tribuno militar a cargo de la guarnición del Janículo estaba en deuda con Cina. El tribuno abrió la puerta del Janículo a los seguidores de Mario, permitiéndoles entrar a raudales en el suburbio pantiberino del norte de la ciudad.

En respuesta, Octavio y Estrabón lanzaron tropas a través de los puentes del Tíber y, tras duros combates, expulsaron a las fuerzas de Mario. Pero la victoria tuvo un coste terrible: murieron 17.000 hombres a las órdenes de Octavio y Estrabón. Octavio envió entonces mensajeros hacia el norte para ordenar a Metelo que se apresurara hacia el sur con refuerzos, mientras Estrabón y sus tropas supervivientes acampaban en el Campo de Marte. Allí, una fiebre se extendió rápidamente entre los legionarios de Estrabón, al igual que en el campamento del maltrecho ejército de Cina, a varias millas de distancia. Los romanos la llamaron «fiebre cuartana». Se trataba de la malaria, muy extendida en Roma y sus alrededores en esta época,

y originada por los mosquitos que habitaban las marismas al sur de Roma. Esta amenaza palúdica sólo acabaría después de que el emperador Claudio mandase rellenar esas marismas en el siglo I d. C.

En una húmeda tarde de septiembre, mientras una tormenta eléctrica hacía estragos a su alrededor y sus hombres yacían en sus tiendas, el arrogante Estrabón, el cual había comenzado a mostrar signos de enfermedad, se paseó por el campamento animando a sus tropas a encontrar la fuerza y la voluntad para una nueva batalla. Estrabón no era un general popular. Pero era decidido, agresivo y eficaz, e inflexiblemente leal a Roma. A pesar de ser un provinciano, Estrabón se había puesto del lado de Roma en la Guerra Social del 91 al 88 a. C., cuando los aliados de Roma en toda Italia se habían rebelado sin éxito contra su dominio. Estrabón era también enormemente rico: el hecho de ser el hombre más rico de la región de Piceno, en el noreste de Italia, le había valido la entrada en el Senado romano, un gran honor para un provinciano.

A pesar de su riqueza, Estrabón había adquirido fama de avaricioso. En el año 89 a. C., como uno de los cónsules del año, había derrotado a un gran ejército italiano y tomado la ciudad de Ásculo, en su región natal de Piceno, tras un asedio de varios meses. Tras subastar los bienes de los líderes rebeldes, en lugar de repartir las ganancias entre sus soldados y el Tesoro de Roma, como era habitual, Estrabón se quedó con el lote. Al ser una figura temible, respaldada por miles de tropas de su Piceno natal, nadie en Roma se quejó. De hecho, el Senado le concedió ese mismo año un Triunfo, con su espectacular desfile de la victoria por las calles de Roma.

Pero ahora, mientras Estrabón desafiaba al clima y –según creían los más religiosos– a los dioses, recorriendo su campamento en medio de la tormenta eléctrica, un rayo cayó del cielo negro y alcanzó al general, golpeándole desde abajo. Cuando sus ayudantes llegaron hasta él, el general había muerto.⁴

En Roma se derramaron pocas lágrimas por Pompeyo Estrabón. Apenas tolerado por sus aliados y detestado por sus propias tropas, era despreciado por sus enemigos, entre ellos la familia de Gayo Julio César. El joven César, que había cumplido trece años en julio, estaba firmemente en el bando de Mario: su tía Julia, hermana de su padre, otro Gayo Julio César, estaba casada con Gayo Mario, lo que convertía a Mario en tío de César por matrimonio.

En la acomodada casa de la familia César en Roma, no habría celebraciones ruidosas ni evidentes por la noticia de la muerte de Estrabón: los esclavos podrían transmitir la noticia de tal alegría sediciosa al cónsul Octavio, a cambio de una recompensa. Pero, con prudencia, César y su familia habrían disfrutado de la noticia de que el mejor general de Octavio había sido eliminado, lo que sólo podía ser un buen augurio para el tío de César, Mario, ahora a sólo unas millas de distancia, y para el objetivo de Mario de recuperar el poder en Roma.

En contraste, en el campamento frente a la Porta Collina, otro joven estaba afligido. Se llamaba Gneo Pompeyo y era hijo de Estrabón. A partir del siglo XVI, los historiadores y dramaturgos británicos, incluido William Shakespeare en el siglo XVII, cambiaron su nombre de Pompeio a Pompeyo, y es por ese nombre por el que le conocemos.

Pompeyo, alto y delgado, pronto cumpliría veintiún años. No era atractivo en el sentido clásico, pues tenía los ojos pequeños y la boca estrecha. Su espesa cabellera estaba peinada hacia delante en una especie de fregona desaliñada, sobre una frente que pronto se arrugaría. Sin embargo, sus rasgos eran bien proporcionados y, en su infancia, sus amigos habían comparado a Pompeyo con el bello y conquistador general macedonio Alejandro Magno. Pompeyo no se había tomado a pecho la comparación, pero tampoco la había desestimado, hasta que más tarde sus enemigos la hicieron despectivamente, recordando al mundo que Alejandro había muerto joven y había tenido una vida amorosa escandalosa.

Al igual que Alejandro Magno, la carrera militar de Pompeyo había comenzado en su adolescencia, a la edad de quince años, cuando su padre Estrabón dirigía un ejército romano contra las tribus italianas rebeldes en la Guerra Social. El posterior general romano Veleyo Patérculo nos dice que Pompeyo se unió al personal de su padre desde el mismo día en que alcanzó oficialmente la mayoría de edad, durante las Liberalia en marzo del 90 a. C., seis meses antes del decimosexto cumpleaños de Pompeyo, el 29 de septiembre. «Desde el día en que asumió la toga [*virilis*], había sido entrenado para el servicio militar en el estado mayor de ese sagaz general, su padre», dice Veleyo. Esto había dado a Pompeyo «una visión singular de las tácticas militares» y «desarrollado su excelente talento natural», observó Veleyo.⁵

Un joven romano era obsequiado por su tutor masculino con la *toga virilis*, de color blanco liso, el día de su ceremonia de mayoría de edad, durante la Liberalia más próxima a su decimosexto cumpleaños. Esto significaba su entrada en la edad adulta y la asunción de los derechos de ciudadanía romana, que incluían el derecho a votar y a poseer esclavos.

Es probable que la «ceremonia de la toga» de Pompeyo, organizada por su padre, se celebrara en el pabellón del cuartel general de Estrabón en un campamento militar. Entre los probables asistentes a la fiesta, exclusivamente masculina, estarían el cuñado de Pompeyo, Gayo Memmio, el general subordinado de su padre, Marco Emilio Lépido, y otros oficiales superiores, así como libertos de su padre, como Alejandro, su gestor financiero. Habría sido una celebración desenfadada, con el propio siervo liberto de Pompeyo, Demetrio, afeitando la barba de su señor —que no se le había permitido afeitarse hasta su mayoría de edad—. A continuación, el pelo de la barba del joven se ofrecía en un cofre a los dioses domésticos de la familia. No habría mucho que afeitar: incluso a los veintitantos años, Pompeyo tendría dificultades para dejarse crecer toda la barba cuando estaba de luto por un pariente.

Durante más de tres años desde su fiesta de la toga, Pompeyo había estado sirviendo al lado de su padre, la última vez como tribuno militar, un oficial aproximadamente equivalente a un coronel en la actualidad. En la época de la muerte de Estrabón, Pompeyo comandaba una cohorte de 600 legionarios durante diez meses al año. El tribuno militar de esta época, normalmente de veintipocos años e incluso tan joven como de dieciocho, también se turnaba con los otros cinco tribunos de su legión para compartir el mando rotatorio de la legión durante dos meses al año.⁶

Pompeyo era el heredero de su padre, heredero de su mansión de Roma y de sus vastas propiedades en Piceno. Pero Pompeyo, ahora huérfano —su madre, de la que no sabemos nada, ya había muerto— y todavía un humilde comandante de compañía, carecía de un poderoso mecenas que lo protegiera.

Al día siguiente de la muerte de Estrabón, Pompeyo, como nuevo cabeza de familia, caminó a la cabeza del cortejo fúnebre que llevaría el cuerpo de su padre a la pira funeraria preparada para él fuera de la ciudad. Pompeyo sólo tenía una hermana mayor, Pompeya, que probablemente vivía en la casa familiar de Roma. Pompeya estaba entonces casada con Gayo Memmio, quien, al igual que Pompeyo, aún no había alcanzado la edad senatorial y ostentaba el rango ecuestre. Al igual que Pompeyo, Memmio también habría estado sirviendo bajo el mando de Estrabón como tribuno militar. Debido a su relación familiar, Pompeyo era muy amigo de Memmio y confiaba en él.

Mientras el cortejo fúnebre vestido de negro avanzaba lentamente, con plañideras profesionales lamentándose y Pompeyo y su cuñado caminando solemnemente detrás del féretro de Estrabón, que era llevado a hombros por criados de la familia, una gran multitud de partidarios de Mario descendió de repente sobre la procesión. Superando en número al grupo de Pompeyo, los seguidores de Mario cogieron el cuerpo de Estrabón del féretro y se lo llevaron. Pompeyo, desarmado, luchó en vano por recuperar el cuerpo de su padre. Nunca sabría qué fue de él,